

El Perú que ha visto Gustavo Adolfo Otero

Hay escritores que para ver las cosas se ponen delante un vidrio esmerilado. No hay destellos ni brusquedad, entonces. La luz que da contorno a la vida exterior, pasa tamizada, filtrada. No hiere, no lastima, no deslumbra, no enceguece jamás, no subleva. Y se refleja lechosa y anodina, uniforme, prudente. ¡La tolerancia cómplice del vidrio esmerilado!

Gustavo Adolfo Otero hace lo contrario. Vibrante y agresivo, busca el vidrio transparente y sin fallas. Mas aún: el vidrio cóncavo que al recibir la luz la devuelve como un espejo ustorio, que quema y arrasa todo lo que es estiércol y basura, y deja en pie: el granito o el mármol.

Esto es el libro de Otero: un espejo ustorio que condensó luz de una parte del Perú de hoy, del Perú envilecido, achicado, acarnerado, arrebañado, miserable, doliente, sin rebeldía, nuevo Job feliz y resignado, en su estercolero, y la devuelve ahora en haz de Arquímedes incendiando la cubierta de papel pintado que tapa el basural limeño.

Cuando Otero publicó hace cuatro años "El Chile que yo he visto", toda la prensa del Perú, todos los escritores que entonces comentaban libros, se desataron en elogios. Como en la soflama del poeta, "batieron clamorosas palmas manos iníquas". La cobardía plebeya de quien festeja que otro golpee al enemigo. Esta íntima satisfacción de chino-cholo que baila cuando puede tundir con mano ajena. El Chile visto por Otero colmaba hasta el delirio la voluptuosidad de nuestras plebes mestizas. En todo el Perú solo hubo un periodista y un periódico que no aplaudió "El Chile que yo he visto", sino que lo atacaron y lo combatieron. Fui yo y fué mi periódico. Por lo mismo de sentirme perfectamente peruano, juzgué canallesco regocijarme con el desorbitado ataque de Otero. No faltó, desde luego, quien dedujera mi "derrotismo" del hecho de no haberme amoratado las manos jaleando la paliza a Crile. Créese en el Perú—como recíprocamente cree en Chile la plebe de blusa y la de levita—que solo se puede ser patriota odiando a Chile, insultando a Chile, comiéndose a Chile crudo... con la pluma o con la palabra.

Hoy publica Gustavo Adolfo Otero "El Perú que yo he visto". Quiero ver qué hacen, quiero escuchar qué ladran y qué gruñen los plumarios de mi patria, ahora que la tralla cae en cuero propio.

El libro de Otero, nervioso, insolente, desenfadado, retrata no precisamente al Perú, sino a una época y a un solo lugar del Perú: a Lima. Es decir, al único Perú que ha visto Otero. El Perú del señor Leguía, el del señor Rada y Gamio, el del plebiscito de Tacna y Arica.

Otero vivió seis o siete meses en Lima, en plena orgía del Centenario de Ayacucho, cuando la dictadura se enronquecía cantando a la libertad y los sables mercenarios se desmochaban saludando la espada luminosa de Sucre y de Bolívar. Cuando, a lo Claudio de "Hamlet", con los restos del banquete con que se enterró la libertad, se servía el festín de las concupiscencias agrandadas hasta la elefantiasis.

Y vió Otero al mandatario de zarzuela inverosímil gobernando sobre un hato que ha perdido la memoria, el sexo y el pudor. Y vió la lira convertida en escupidera. Y vió que figuras de hombres andaban a rastras, sobre las rodillas. Y vió los niños que crecían con los ojos gachos porque levantarlos les daba miedo. Y vió mujeres formando el grueso de una admirable "policía secreta" dedicada a extrangular todo asomo de rebeldía, como si estuvieran empeñadas en extrangular en la propia matriz todo el futuro. Y vió una juventud afeminada, apretada, vana, sin más preocupación que los polvos de arroz ni más ideas que discutir que el figurín del sastrero o la bandanita blanca de la manicura. Y vió a los políticos, azada en mano, cavando hasta el sudor la sepultura de la patria. Y vió mucho más.

Y de todo cuanto ha visto, salió este libro rudo, pero de una enorme sinceridad viril, en el que la sonrisa se fatiga para ocultar la náusea.

Pero este que ha visto Otero, no es el Perú real. Es el Perú del señor Leguía. Mejor dicho, la Lima del señor Leguía, esta Lima que suele prolongarse hasta fuera de las fronteras con sus caballeros de industria, sus maricas y sus proxenetas.

Lima, si pudiera respirar libremente, no sería eso. El Perú no es eso. Otero no tuvo tiempo de conocerlo íntegramente. El Perú está en las provincias. De allí es de donde ha de salir todo el futuro: la redención y el orgullo histórico del Perú. Ocurre con las provincias lo que con esos trabajadores de faena ruda cuya piel se endurece y para sentirles el pulso hay que apretar muy fuerte. Y qué pulso, entonces! Firme, lleno, masculino.

Otero no ha tenido tiempo de ver las provincias, de tomarle el pulso al Perú real. Le hacía falta apretar, y cogió solo la muñeca de Lima, de pulso enfermizo, tuberculoso, intermitente, afiebrado y perdido irremisiblemente si a tiempo no se le transfunde a borbotones sangre provinciana.

Las mujeres que vió Otero, no son las mujeres peruanas. Los escritores que vió Otero, no son los escritores del Perú: vió a los lacayos reemplazando la pluma con la lengua y lamando hasta el orgasmo. Los soldados que ha visto, no son los soldados del Perú, sino los pretorianos a sueldo. El pueblo que ha creído ver, no es el pueblo peruano: es la plara negroide, esa que, como decía González Prada, siente todavía en las nalgas que no devoran cadáveres sino ceniza y gloria de cadáveres.

Gustavo Adolfo Otero ha visto solo el Perú del crimen.

No llamo crimen a los abusos del

señor Leguía, a los atropellos de todo derecho, al manirroto fiscal, a la coacción violenta, a la prostitución de los espíritus, a la delación erigida en instrumento de gobierno. Esto mismo, y en grado más o menos semejante, lo hicieron y lo harán en el Perú todos los gobiernos mientras subsista el centralismo burocrático y mientras la política siga reducida a ser "vivero de odios", "olla de apetitos iconfesables". Hicieron todo esto, o parecidamente, los que precedieron al señor Leguía. Lo harán los que le sigan agarrados a "la tradición".

El crimen verdadero de la dictadura, es otro. Es más grave. Es el haber deshecho una ilusión nacional, la única ilusión nacional respetable dentro del concepto patriótico no renovado todavía. Me refiero a la cuestión con Chile. El señor Leguía es quien deliberadamente ha amarrado al Perú a la situación de hoy, convertida en banco de suplicio y de befa.

Cuando el presidente Coolidge expidió su fallo arbitrario, no cabía sino una solución, la sola compatible con el honor del país, la única propia de cualquier pueblo que sienta intactos sus atributos masculinos: el rechazo total. Si el señor Leguía hubiese escuchado oportunamente la opinión libre del país entero, que asordaba los ámbitos desde el Tumbes al Loa, habría rechazado el laudo americano, ahorrando a la nación un año largo de vergüenza, de decepciones en serie, de traspiés, de tinterilladas y subterfugios, de muchos millones tirados por la ventana. (Algún día sabrá el mundo cuántos se enriquecen de la noche a la mañana con la lámpara maravillosa del "plebiscito").

Pero el señor Leguía optó por no resentir a los Estados Unidos, y maniató y amordazó al país, lo intimidó, lo embaucó para llevarlo al fracaso, al escándalo y a la bancarrota inevitable de muy pronto. Todo para nada. Para volver al punto de partida, con la herida nacional más enconada que antes, con la hacienda deshecha, con las rentas fiscales pignoradas a los prestamistas de Wall Street, con algunas docenas de peruanos estérilmente sacrificados en las calles de Tacna y de Arica. Y lo más grave de todo, lo verdaderamente criminal, con el patriotismo aporreado y contuso. Tal vez si incurablemente herido.

No hay crimen más grande en un hombre de Estado, que arrancarle las ilusiones a un pueblo.

El pueblo peruano, equivocado o no, tirado todavía por fuertes lazos de tradición y de rutina, tenía una idea fuerza fija, una ilusión motriz permanente: la recuperación más o menos remota, pero siempre posible, de Tacna y Arica. No tanto por el valor material de los territorios, que en sí no valen lo que hasta hoy, desde Abril de 1925, se ha gastado en el "plebiscito y sus emergencias"—nuevo tonel de danáides—, sino por su valor romántico, espiritual, lírico, de fé. Ya sabemos que la fé mueve montañas.

Hoy el Perú ha perdido esa fe. Solo finjen conservarla todos esos para quienes hay patria donde está el pingüe sueldo fiscal.

El señor Leguía, llevando a los peruanos a la hiperestesia de la ilusión patriótica, en trece meses de promesas múltiples, de escamoteos, de cubileteos, de carambolas, de artilugios, de rectificaciones hacia abajo, le ha arrancado al país, de un tirón, la misma ilusión vital que él infló a todo pulmón. Y un pueblo sin ilusiones, deja de ser una agrupación de hombres para convertirse en grey vegetativa.

Este es el verdadero crimen de la dictadura. Castrarle al pueblo peruano lo único que le capacitaba para engendrar el futuro. A base de una simple ilusión, sin duda. Pero de una ilusión que era certeza. "Los pueblos—dice Le Bon—, pasan fácilmente sin verdades, pero no pueden vivir sin certezas". Tacna y Arica fueron, hasta 1925, la más absoluta certeza peruana.

El Perú, la Lima de Otero, no es el Perú tal como es, sino tal como está. No es el Perú de González Prada ni de Lino Urquiza. Es, simplemente, el Perú del señor Leguía. Es decir el Perú podrido, la parte del Perú en que, como en esos abcesos de fijación de los cirujanos, se ha acumulado todo lo que pudrió la política.

Algún día podrá Otero ver al Perú en su total aspecto. Con los mismos vicios y las mismas taras comunes todavía a estos nuestros países indioespañoles; pero con una inmensa cantera de virtudes de donde extraer los sillares para la nación del porvenir.

El libro que escriba entonces, será la imagen de un Perú fuerte, vital, libre, con la frente muy alta, completamente distinto de este Perú jorobado que ha visto en pleno monipodio.

El espejo ustorio de Gustavo Adolfo Otero, entonces, quemará la basura, que la habrá todavía; pero dejará incólume y más augusto mientras más desnudo, el granito compacto de una nación regenerada.

Miguel A. URQUIETA.

En el destierro.—La Paz, 30 de mayo de 1926.